

# *La Peregrinación*

## *sus dimensiones en el misterio de la existencia cristiana*

I-

El misterio del hombre no puede ser comprendido sin mirar aquellos elementos que, por decirlo de algún modo, nos permiten establecer su «posición». Este término, que cotidianamente lo usamos para hacer referencia a situaciones de lugar y de tiempo aquí adquiere características metafísicas y antropológicas.

Establecer la posición del hombre nos permite mirarlo como sujeto histórico y evitar caer en la abstracción. Sin hacer demasiadas precisiones me gusta decir que el hombre es el ser del que se puede afirmar que «está» en la historia, no que simplemente la padece, como postula una visión de características mitológicas, sino que «está haciendo su destino». La historia es el espacio de realización del destino del hombre; por eso afirmamos que la historia es salvífica, en el sentido de que Dios realiza su providencia en diálogo con la libertad del hombre. Acá se juega todo el misterio de una interpretación cristiana del hombre; ni disolver al hombre en la totalidad del mundo o de la divinidad ni encerrarlo dentro de una pura individualidad. Y esto adquiere características fundamentales ya que la historia pierde su sentido cuando la palabra originaria y totalizante de ella no está dicha desde fuera de ella misma; queda encerrada en coordenadas herméticas, queda cerrada dentro de ella misma.

El estar del hombre en la historia no es exclusivamente individual, es un estar comunitario, cultural. La cultura, que es un hacer, es ante todo una forma de ser. Es una forma comunitaria de ser. Surge cuando los hombres descubren un ámbito de valores comunes y los existen juntos; y además establecen una serie de pautas para custodiarlos y poder vivirlos mejor. Por eso toda comunidad tiene una ley, una organización por más simple que sea, para no dejar de ser aquello que los reúne. Por tanto es importante captar que la realización del hombre es histórica y comunitaria. Pero podemos retomar el interrogante inicial de este modo ¿cuál es la posición existencial del hombre?

La existencia del hombre se encuentra situada dentro de las coordenadas de tres dimensiones existenciales fundamentales. Dimensiones existenciales quiere decir la ubicación existencial del hombre en relación a su mundo circundante, a lo que es y a la realización de su ser en la actividad que desarrolla, su hacer. El hacer es la ejecución del ser, es la actuación del ser. El hacer otorga al ser una historicidad concreta que lo saca de la abstracción y lo sitúa en un ámbito donde se hace comprensible. Pero al ser actuación del ser no puede realizarse sino en relación a una finalidad que cuanto más explícita es en el sujeto que la realiza mayor es la realización. Uno de los motivos de la angustia es el hacer sin horizonte. Desgasta y anula la existencia. El hastío es la consecuencia de perder horizontes en el hacer.

La primera dimensión es el **espacio**. No es sólo el lugar de la ejecución de algo sino que es más bien el nivel donde las cosas adquieren plasmación. Que algo pueda ser localizado significa que puede ser visto, tocado, puede ser captado y por tanto apropiado como algo real. En el espacio las cosas adquieren dimensión, pueden ser valuadas y situadas dentro del todo; en el espacio son

vistas en su relación con las otras realidades. Y aquí surge algo importante: el espacio es el ámbito de lo armónico. La armonía es polar, no es lo uno quieto, sino equilibrio, choque, vida. Lograr armonía es dar sentido, no anular. El espacio supone relación de las cosas entre sí y de cada cosa respecto de sí misma. Un espacio ordenado es un espacio donde cada cosa es sí misma y por tanto es también en relación a otras. En la historia el espacio supone tiempo, en el cielo no. El espacio será un misterio en el cielo pero será, habrá materia, no habrá confusión por tanto habrá espacio o sea, posibilidad de relación sin desaparición de cada uno con su particularidad. El espacio es el ámbito en el que las cosas se pueden distinguir unas de otras, es la instancia en la que se muestra que no somos sólo parte del devenir de un ente absoluto. Así el espacio se constituye, en la historia del hombre, en el lugar de la expresión del espíritu. El hombre es espacial, esto significa que su espíritu es encarnado, que se expresa mediante simbolismos materiales que brotan del espíritu y en el espacio transmiten su sentido y su profundidad ontológica. Todo símbolo es espacial. Esto significa que se ubica «frente a». Espacio significa que cada uno tiene límites que lo definen, contornos que nos permiten descubrir a cada cual. Toda auténtica comunicación es espacial: situarse *frente a* para darse a conocer. Sin espacio no hay diferencia y por tanto todo es parte de una única conciencia. Esto no es cristiano: el misterio del hombre se juega en la espacialidad. Dios le da espacio, donde busca, donde encuentra, donde se pierde, por el cual lucha.

Pero el espacio no es estático, el espacio adquiere dinamismo en el ritmo de la decisión humana. El hombre decide, transforma su espacio; madura o retarda su espíritu desde la fuerza de su libertad. Por tanto la ejecución del hacer tiene una medida, que más que el límite es el espacio de posibilidad de la libertad del hombre. Aquí aparece la segunda dimensión fundamental: el **tiempo**. El

tiempo es el espacio de la decisión. El tiempo es una dimensión que muestra la *misericordia* que se encuentra en el ser de las cosas. La decisión puede ser reencauzada, el error puede ser reconsiderado y resituar la decisión equivocada dentro de un ámbito de verdad que la haga válida. Por eso el tiempo es la posibilidad de la misericordia. Puede haber perdón, no anulación. El perdón se ejerce apelando a la memoria, por eso también puede reclamar justicia para no ser cómplice.

El tiempo, entonces no se ubica dentro del ámbito de lo puramente trágico y por tanto no es sólo un espacio de padecimientos. El tiempo es el espacio de la esperanza y por eso el lugar de la misericordia y el perdón. En relación al tiempo vivimos la fiesta: alguien o algo ha surgido en la historia, o ha sido restaurado ( el perdón es restaurar también y por eso es motivo de fiesta y alegría); la fiesta retorna lo cotidiano, este tiempo que vivimos, a su carácter social y amical ( también se da esto en su expresión litúrgica), en la fiesta se recupera ese carácter fundamental de la vida: vivir es ser con otros.

La decisión del hombre adquiere sentido en la medida que salga de la pura inmediatez y sea decisión por un proyecto. Las decisiones más profundas de nuestra vida abarcan toda la vida. Son puntuales y concretas pero son decisiones en las que se jugará todo nuestro futuro y en las que al mismo tiempo se otorga un sentido nuevo al pasado. Por eso la **acción**, tercera dimensión, no es sólo la realización de una obra inmediata y útil, sino que la acción es la decisión que abarca el origen y el fin. Las acciones fundamentales son aquellas que brotan de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser.

II-

Estas dimensiones se encuentran enlazadas con otro nivel de relaciones. Relaciones que otorgan a la existencia del hombre completez y acabamiento y en las cuales se juega definitivamente la posibilidad de las anteriores. Se abre aquí el horizonte de las dimensiones teologales.

A) Respecto del origen el hombre se encuentra inserto en relaciones de creación. El hombre es creado, por tanto la novedad de su acción brota de la relación de su acción con este origen. Por eso obrar es recrear o destruir; también en este dilema se ubica el drama del pecado.

B) Caminar es, en todo este sentido, darle espacio al tiempo, darle posibilidad a la realidad de la misericordia y posibilitar que se abra el horizonte de la esperanza. Pero también es darle tiempo al espacio; esta segunda dimensión se pierde al achicar el tiempo en el mismo espacio recorrido. Se tarda más al caminar, pero se le otorga tiempo al espacio, y por tanto se ponen actos, acciones de la libertad, plegaria; el mismo espacio adquiere desde la dilación del tiempo la posibilidad de llenarse de contenidos, de experiencias; adquiere dimensiones nuevas. Respecto del camino, o sea, de la ejecución en el tiempo y la historia de su dimensión creada, se nos presenta la dimensión de salvación. El hombre es situado nuevamente en su origen y se le otorga la posibilidad de realizar el fin al que fue llamado. La Salvación muestra la profunda historicidad del hombre. El hombre debe ser salvado ya que camina. Es sacado a ese camino para ser constituido nuevamente como sujeto consagrado. Por eso, todo camino es un espacio de misericordia. Como Israel que es puesto en peregrinación para ser salvado. En ese caminar vuelve a tomar conciencia de su elección, de ser pueblo con un Señor que lo cuida y lo ampara.

C) Ese camino tiene una dimensión, la tercera, su destino. La dimensión escatológica de la vida humana que arranca la existencia de una pura cerrazón sobre sí misma y la ubica siempre en el marco del misterio. Por eso caminar es una expresión de un origen, de una salvación y de una realización final, una llegada. Quien camina busca algo que de algún modo está en el punto de partida y en el de llegada.

Así la peregrinación se constituye en un signo. Un signo es algo que articula de modo sensible todas las dimensiones fundamentales y las expresa simbólicamente. Un signo materializa lo fundamental dentro del marco de comprensión de la existencia humana.

La peregrinación es expresión de la vitalidad del movimiento. El movimiento es el paso de algo que se posee en parte o de forma imperfecta a su posesión más plena y perfecta. La historia de la salvación es movimiento, es la permanente acción que Dios provoca por la cual se nos propone permanentemente como aquel en quien se realizan todas nuestras búsquedas y anhelos. La peregrinación es movimiento, es paso, es un signo de la actualización permanente que quiere realizar Dios en nuestra existencia. Y en ella se manifiestan y se ponen en juego todas las categorías antes mencionadas: espacio, tiempo, acción, origen, historia y destino. En un espacio y un tiempo determinados se realiza una acción que quiere ubicar la historia del hombre en coherencia con su origen y su destino. Caminar, en una peregrinación, se constituye en un signo de este entramado complejo de relaciones que constituyen al hombre en su destino escatológico.

En la peregrinación, en cierto modo lo que se busca al final está ya en el origen y marcha todo el camino. Se parte de la Virgen, se lleva a la Virgen, se llega a la Virgen. O al santito. Pero también al hijo enfermo, al amigo o amiga que

sufre, a los padres viejitos, al propio dolor y la propia alegría. Todo esto se lleva con esperanza. Por tanto en el origen como en el caminar hay una cierta posesión de lo que se encuentra al llegar. Y eso se sabe. Quien camina sabe que está la Virgen al final esperando. No es un enigma lo que encontraremos al final, sin embargo los desafíos del caminar hacen experimentar que es un misterio lo que se encuentra. Esta tensión es profundamente escatológica: la fe mantiene viva la tensión hacia lo que se espera poseer de modo pleno; sabemos que de algún modo Dios nos lo ha anticipado, pero sabemos que al final el gozo será perfecto. Esto mantiene la vida del hombre y la historia en su curvatura constante hacia Dios y permite que no caiga bajo la fuerza del desánimo y el pecado.

Quien camina se implica con la Virgen de un modo profundamente nuevo, porque caminando va anhelado lo que se ve que está al final, lo desea con un ardor nuevo. Por eso la virtud de la peregrinación es la esperanza. En la esperanza hay una cierta posesión anticipada de aquello que por la fe sabemos que está. Y desde esa posesión vamos adhiriéndonos amando lo que está al final.

Por eso la peregrinación es un signo de la experiencia humana, en su espacialidad, temporalidad y acción y cristiana, en su origen creador, en su camino salvador y su realización escatológica.

De tal modo que por ser signo adquiere para un mundo utilitario una cierta realidad paradójica, de "pérdida de tiempo". De estar haciendo algo para nada. El signo es nada más que una expresión de la realidad. Pero cuando ese signo expresa la totalidad de la existencia adquiere una importancia fundamental: se manifiesta como lugar en el cual se revitaliza la vocación del hombre. Pero además un signo posee cierta eficacia, un signo de amor no se acaba en el gesto sino que provoca nuevos sentimientos, un ahondamiento de la experiencia amorosa. El signo tiene una cierta eficacia, que lleva a una profundización de las realidades manifestadas en él simbólicamente. Esto muestra que al vincularnos

con el signo en realidad con lo que estamos vinculandonos es con la realidad representada mediante las formas simbólicas. La eficacia no puede provenir del signo como pura cosa fáctica sino por la relación del signo a aquello que es representado.

Pero lo representado no es puramente exterior a lo que lo representa. Si fuera así el signo no podría manifestar nada. En el signo está de un modo real aquello que se quiere manifestar. Las realidades representadas se implican en su manifestación.

La peregrinación es un signo colectivo, en el sentido de que muchos se constituyen en signo, en imagen. Hay otros signos que son individuales, aunque generen mecanismos colectivos de vinculación. Pero hay signos que lo son en cuanto que son colectivos. Es un signo que expresa la vocación de ser comunión, que vivimos nuestra vida cristiana solidariamente, y que en esta solidaridad caminamos hacia un destino común: es por tanto signo de la realidad escatológica del mundo llamado a la consumación y que expresa este llamado en la Iglesia.

Por eso la peregrinación es un camino de conversión para quien camina. Quien camina es signo y por tanto queda implicado en las realidades que manifiesta en su andar. Como toda la vida cristiana, en el testimonio el testigo se convierte a lo que muestra y el destinatario del testimonio es por tanto doble: quien mira y quien muestra.

***José Carlos Caamaño***